

Escrito por: bareta

Resumen:

Cuando se enteró mi marido de mis infidelidades, hizo que me volviera una puta en mi propia casa

Relato:

Un día, me llamó por teléfono Juan, mi esposo, desde la oficina diciendo: Llego a las 18:30 de la tarde a casa, te bañas, perfumas y me esperas desvestida en la recámara sin bajar. Aunque confundida por su extraña solicitud, hice lo que me pidió, pensando en que tendríamos sexo.

Cuando llegó, simplemente me vendó los ojos, me tendió en la cama boca arriba dejándome con las piernas al aire, los pies en el suelo y con mi trasero en la orilla. Percibía sus movimientos alrededor, me ató de las muñecas diciendo: -las manitas de la señora se amarran-, y quedé con los brazos inmovilizados, abiertos, tensados y hacia atrás, suponiendo que sujetos a la cabecera de la cama, Luego noté que manipulaba mis pies, apretó el nudo en una rodilla y la jaló hacia un lado, hizo lo mismo con la otra rodilla, dejando expuesto por completo y a la vista mi rosado y depilado coño, al quedar con las piernas bien perfectamente separadas y fijas por ligaduras a las patas de la cama y comentó: -también los pies para que no los mueva esta gran puta-.

Estaba totalmente inmóvil, pero rápidamente, repliqué a su expresión: -No me digas así-

¿No? ¿Por qué?

-Porque no lo soy-

¿No eres una putita?

¡No!, bueno, para ti ¡Sí!

¡Para mí y para todos los que te han cogido!

¡Hay, como eres! ¿Por qué dices eso?

Por qué te han cogido muchos, o ¿No?

¡Noooo! ¡Solo tú!

¿Segura?

¡Si mi amor!

Ya no pude decir nada más, me amordazó la boca y no volvió a pronunciar ninguna palabra.

El juego de amarrarme me estaba excitando y calentando bastante, segundos después, me estremecí al notar que unos dedos acariciaban mi cuello y garganta, pasaron entre mis senos, los sobaron y me levantaron los pezones, bajaron lentamente por mi vientre hasta llegar a mi panocha y hurgando en ella, provocaron que se humedeciera con mis líquidos. Al estar totalmente abierta de piernas, no costó ningún trabajo, que una lengua se recreara lamiendo todo lo largo de mi rajita y ocasionalmente quisiera entrar en el hoyito, de inmediato, un delicioso calor recorrió mi ser, al no poder expresar palabras, solo arqueaba mi cintura apreciando la deliciosa mamada que me daban. Ya estaba jadeando, anhelante y deseosa de coger, cuando me abrieron los labios vaginales, revelando que mi agujerito, goteaba ganoso, bien mojado, abierto y

él, lo ensancharon, haciéndome estremecer con ese contacto. Sentí una gran mole recostarse sobre mi espalda, al tiempo que la colosal verga de un impulso perforaba mi trasero, pudiendo exclamar solamente un doloroso

–Haaaaayyy-, mis lagrimas, no se notaron, por ser absorbidas por la tela que me cubría los ojos. Tras algunos minutos, con muchas talladas, mi conducto se amoldó al tamaño del majestuoso pito y me comencé a llenar de dicha y placer. Después de que me volví a correr, mi culo se anegó con impetuosos y abundantes mocos. Mal recostada boca abajo, adolorida y exhausta, ya no escuché absolutamente nada.

Con trabajos, me recorrí sobre la cama, me quité la venda de la cara y desanudé mis muñecas, la mezcla de mis líquidos y el semen de quién me había cogido, comenzaron a salir de coño y culo en grandes cantidades.

Pensando en el ¿Porque de la actitud de Juan?, observé que había dos fotografías sobre la cama, tomé una y ví que era yo en posición de misionero, junto a un cuerpo masculino, sin que se viera la cara ni la verga, ya que estaba escondida en mi boca. Asustada, tomé la otra, también estaba yo, pero en esta, me encontraba a cuatro patas y un cuerpo varonil sin cara, pegado a mi culo sin que observara también en esta la verga, por estar en mi interior.

Entró Juan y al ver mi expresión entre vergüenza y espanto, dijo:

¿No eres una puta?

¡Pero.....!

¡Si o No!

¡Es que.....!

¿Con cuantos haz cogido?

Con lágrimas en los ojos, dije trémulamente:

¡Con varios!

¿Varios o muchos?

¡Muchos!

¿Te gusta coger?

Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

¿Cuanto?

¡Mucho! y ¡Me encanta!

A partir de ese momento y ya sin volverme a tocar, Juan trae a alguien a coger, uno o dos, separados o juntos, dejándome cansada y extenuada, porque me hacen lo que quieren y por donde quieren, con lo que he terminado con mocos hasta en la espalda, Ocasionalmente viene René, un amigo de Juan, quién fue el que me cogió amarrada y es el que más me satisface por el tamaño de la preciosa verga que tiene. Hasta la fecha no se cuanto se cobra por que llenen y complazcan, mis calientes y necesitados agujeros, pero cada semana mientras los gritos de placer y desenfreno se escuchan en mi cama, Juan se tira a su secretaria en la sala.